

# NEGOCIACIONES: RENÉ MARQUÉS Y EL PROYECTO PEDAGÓGICO-CULTURAL DEL ESTADO MUÑOICISTA

## Resumen

*En 1948, con la elección de Luis Muñoz Marín como el primer gobernador puertorriqueño electo, entramos plenamente en la época de creación de instituciones claves y discursos fundacionales del estado puertorriqueño en ciernes. Aunque podría decirse que la primera institución gubernamental que definió formalmente lo que debía entenderse como cultura puertorriqueña fue el Instituto de Cultura Puertorriqueña (1955), la División de Educación de la Comunidad (DivEdCo) comenzó siete años antes la labor de promover una visión, mediada por el arte y la escritura, de lo que era —o debía ser— la puertorriqueñidad. En este espacio, con relativa autonomía dentro del Departamento de Instrucción Pública, los intelectuales puertorriqueños crearon una obra artística con fines pedagógicos que resultó ser no sólo didáctica, sino que produjo la primera muestra de cine puertorriqueño, los inicios de la gráfica puertorriqueña y el taller de reunión para varios de los escritores de la llamada promoción del 40, entre quienes se destaca René Marqués. Esta investigación muestra el doble movimiento de Marqués como jefe de la unidad editorial de la División y “líder intelectual” de su promoción.*

Palabras clave: *Puerto Rico, cultura, educación, René Marqués, intelectuales*

## Abstract

*In 1948, when Luis Muñoz Marín became Puerto Rico's first elected governor, the island entered a period in which key institutions and foundational discourses were created. Although the Instituto de Cultura Puertorriqueña, founded in 1955, may have been the first government agency formally charged with defining “Puerto Rican culture,” the División de Educación de la Comunidad (DivEdCo) had begun to promote a normative vision of puertorriqueñidad, through art and writing, seven years earlier. This relatively autonomous branch of the Departamento de Instrucción Pública provided Puerto Rican intellectuals with the space to create art “for the people” which turned out to be not only of didactic value: DivEdCo spurred the development of modern Puerto Rican cinema and graphic arts, and was the meeting place for several writers of the so-called promoción del 40, foremost among whom was René Marqués. This article shows Marqués' double role as head of DivEdCo's editorial section, and “intellectual leader” of his contemporaries.*

Keywords: *Puerto Rico, culture, education, René Marqués, intellectuals*

## I. INTRODUCCIÓN

Eran los tiempos de Muñoz Marín. Eran los tiempos de esperanzas que todavía olían a nuevo.

*Felices días tío Sergio*, Magali García Ramis

Eran los tiempos de grandes proyectos, de frenesí modernizante, en los que todo olía a nuevo. Nuevas eran las carreteras; todo podía construirse, incluso la cultura. El estado se encargaba de crear experiencias primarias. Luis Muñoz Marín, el patriarca por excelencia, el primer gobernador electo, la nueva experiencia democrática, la industrialización, la modernidad, las nuevas instituciones: desde lo higiénico hasta lo cultural, la fundación del contradictorio Estado Libre Asociado. A falta de estado independiente, el nuevo estado autonomista —a través de sus instituciones pedagógicas— ponía todo su empeño en organizar los saberes según los poderes que negociaba.<sup>1</sup>

Aunque podría decirse que la primera institución gubernamental que definió formalmente lo que debía entenderse como cultura puertorriqueña fue el Instituto de Cultura Puertorriqueña (1955), la División de Educación de la Comunidad (1949) fue el primer proyecto en el cual el estado creó un espacio, con relativa autonomía dentro del Departamento de Instrucción Pública, para que un grupo de intelectuales puertorriqueños creara una obra artística con fines pedagógico-culturales. Sin dejar a un lado la misión didáctica, la División se convirtió en un espacio para artistas e intelectuales, en el cual se produjo la primera muestra de cine puertorriqueño (fue la primera vez en la que el estado auspició la producción fílmica), se dio el inicio de la gráfica puertorriqueña, y se reunió a los escritores de la llamada “promoción del cuarenta”: René Marqués, Pedro Juan Soto y Emilio Díaz Varcárcel, entre otros.

Muñoz comenzó el proyecto de educación popular que luego se convertiría en la DivEdCo cuando era Presidente del Senado, inspirado —entre otras influencias— en el Nuevo Trato. Los primeros encargados de desarrollar el proyecto fueron los norteamericanos liberales formados en la filosofía novotratista: Edwin Roskam para administrar el programa, y Jack e Irene Delano en las secciones de cine y gráfica, respectivamente. Este proyecto consolidaba la búsqueda de Muñoz de la manera más “moderna” de educar al pueblo, no sólo acerca de problemas básicos del cuidado de la salud, sino en lo que sería el nuevo ciudadano y la nueva ciudadana del Puerto Rico en vías de la industrialización y la democracia. Indicaba el preámbulo de la ley:

El propósito de la educación en comunidad es comunicar enseñanza básica sobre la naturaleza del hombre, su historia, su vida, su forma de trabajar y gobernarse en el mundo y en Puerto Rico. Esta enseñanza dirigida a ciudadanos adultos reunidos en

<sup>1</sup> Michel Foucault, *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, 1980.

grupos de barrio, poblados y zonas urbanas, se comunicará por medio de películas, radio, libros, folletos, cartelones, grabaciones fonográficas, conferencias y discusiones de grupos. Su objetivo es proveer la buena mano de la cultura popular con el instrumento de una educación básica. En la práctica esto significa dar a las comunidades, y a la comunidad puertorriqueña en general, el deseo, la tendencia y las maneras de utilizar sus aptitudes para resolver muchos de sus propios problemas de salud, educación, cooperación, vida social, por acción de la comunidad misma. La comunidad no debe estar cívicamente desempleada. La comunidad puede estar continua y provechosamente empleada para sí misma, en términos de orgullo y satisfacción para sus miembros. Las actividades de comunidad de que es capaz nuestro pueblo a base de orientación y entrenamiento pueden producir el valor de millones de dólares anualmente, en solución de problemas y mejoramiento de vida. Ese es el propósito fundamental de este programa de educación en comunidad que autoriza esta Ley.<sup>2</sup>

“La comunidad no debe estar cívicamente desempleada”: ésta es la base del proyecto que significaba el involucramiento comunitario y democrático. “La buena mano de la cultura popular”, o más bien un escogido, sería la base para el proyecto modernizador: La revolución pacífica. Después de establecida la ley, empezaron a llegar los primeros puertorriqueños: René Marqués, Pedro Juan Soto y Emilio Díaz Valcárcel, y los artistas Lorenzo Homar y Rafael Tufiño, por mencionar los nombres más reconocidos. En palabras de Homar:

Había allí a un mismo tiempo, cineastas, escritores, pintores, etc. Era una manera de llegar al pueblo a través de un buen arte. Sabíamos que no era para ir a desembocar en una república pero, era un Bauhaus, el Bauhaus puertorriqueño.<sup>3</sup>

La cita de Homar bien resume por qué los escritores de la llamada generación del cuarenta decidieron emplearse en la División. Para ese entonces, era un proyecto artístico-pedagógico atractivo por lo novedoso e interdisciplinario; más aún, no difería de la preocupación puertorriqueña del Centro de Arte Puertorriqueño. En esa intersección del populismo muñocista y el manifiesto del Centro de Arte Puertorriqueño, se empieza a negociar el papel que los intelectuales y artistas debían desempeñar en el proyecto de educación de la comunidad. Esta agencia del Departamento de Instrucción Pública tendría el espacio y los materiales necesarios para forjar esa escuela de diseño práctico (y en el caso puertorriqueño, de escritura y cine), de integración del artista a la sociedad, ese modelo Bauhaus que había desaparecido a principios de los años treinta a causa del nazismo. Era, a todas luces, un vehículo para una pedagogía democrática, un taller artístico y vehículo para construir una ciudadanía cultural puertorriqueña.<sup>4</sup>

<sup>2</sup> Legislatura de Puerto Rico, “Ley 372”, 14 de mayo de 1949.

<sup>3</sup> Entrevista personal con Erich González Arocho, 23 de abril del 1983.

<sup>4</sup> Aunque este estudio se enfoca en la situación de los latinos en Estados Unidos, el concepto de “ciudadanía cultural” acuñado por Renato Rosaldo y su grupo de estudio, arroja luz al proyecto muñocista. Se puede decir que es precisamente ese tipo de ciudadanía la que Muñoz conceptuaba en el proyecto de la División. Rosaldo y los estudiosos del *Latino Cultural Studies Group*, un grupo

René Marqués consentía la idea básica del proyecto. Al explicar el proceso de escritura para un programa de educación comunitaria, indicaba el autor que:

None of the writers has had previous experience as educators in the Division's field. None of them had received any special training in "educational writing," but all of them had the fundamental, positive attitude of the best creative people: a sense of responsibility toward society, a deep understanding of people and their problems and a sincere belief that the democratic principles, the basic concerns in our educational programmes, are the right vehicles to use in the solution of some of the people's crucial problems.<sup>5</sup>

En ese mismo artículo, Marqués explicaba la preparación académica que tenían los escritores de la DivEdCo y su sólida preparación literaria; mas especificaba que en el área educativa no habían tenido entrenamiento especial ni experiencia.<sup>6</sup> El creer en el programa<sup>7</sup> y en sus principios democráticos era esencial para poder llevar a cabo la tarea educativa. El autor señalaba además que la torre de marfil no existía para el escritor puertorriqueño, y que era fundamental trasladarse al campo para poder escribir el material educativo:

...our main objective was to stir the hearts and minds of people so as to help them identify themselves with the truth of our message. The more an individual feels his own dignity as a human being, the more apt is he to feel respect and responsibility toward others and to work with them in the development and improvement of the community. Factual information is of course needed, but facts alone will not move people to re-examine deep-rooted cultural practices and prejudices. We frankly did not know where to go to learn this kind of writing, except perhaps to the rural communities in our own country...

The writers in the Editorial Unit go frequently to the country as part of their job, either to do personal research or to make informal interviews, to get first hand information about community recreational meetings in which our books are read and community problems discussed.

The direct contact with rural reality is often a preparation for the actual writing; it might be called the-educational-writer-being-educated-by-the-people-he-is-writing-for-step.<sup>8</sup>

---

interdisciplinario, reconocen lo paradójico que puede ser el término "ciudadanía cultural", mas indican que: "*Culture interprets and constructs citizenship, just as the activity of being citizens, in the broad sense of claiming membership in the society, affects how we view ourselves, even in communities that have been branded second-class or "illegal". Thus we must ask, "What role does culture play in citizenry movements?"*". William Flores y Rina Benmayor, editores, *Latino Cultural Citizenship: Claiming Identity, Space and Rights*, Boston, Beacon Press, 1997; p.6.

<sup>5</sup> René Marqués, "Writing for a community Education Programme", *UNESCO Reports and Papers on Mass Communication* Número 24, 1957; p. 6.

<sup>6</sup> *Ibíd.*

<sup>7</sup> Lorenzo Homar. Entrevista escrita. González Arocho. 24 abril 1983. "... porque creíamos en lo que hacíamos en cuanto a la dignidad de escritores, artistas y cinematógrafos la División de Educación a la Comunidad ha dejado un legado en libros, carteles y películas que bien le merecen el respeto de este pueblo hacia el trabajo hecho en años atrás por la División".

<sup>8</sup> Marqués, *op.cit.*; pp. 6-8.

La división se convertía en una escuela, no sólo para las comunidades que recibirían los productos educativos, sino para los artistas y escritores que trabajaran allí.

## II. RENÉ MARQUÉS: EL ESCRITOR VS. EL HOMBRE DE ACCIÓN

“...los escritores no somos hombres de acción  
ni hombres ‘promedio’.”

“*Pesimismo literario y optimismo político: su  
coexistencia en el Puerto actual*”

René Marqués

De los intelectuales y artistas que trabajaron en la DivEdCo es preciso destacar a René Marqués, por ser el escritor que más directamente influye a sus compañeros de generación.<sup>9</sup> Marqués, un intelectual profundamente pedagógico y moralista;<sup>10</sup> autor destacadísimo, reconocido y premiado, estuvo siempre dispuesto a cumplir con la función de escritor que él mismo se había señalado: la defensa de la soberanía nacional. Fue sumamente crítico de la política muñocista y del occidentalismo promulgado por el rector Jaime Benítez en la Universidad de Puerto Rico.<sup>11</sup> Aunque trabajaba para el Departamento de Instrucción Pública, se permitía criticar —y en ocasiones caricaturizar— libremente sus políticas sobre el vernáculo y la enseñanza de la historia de Puerto Rico.

Para el año 1953 Marqués se convirtió en jefe de la sección editorial, puesto que ocuparía por casi dos décadas. Todos los productos culturales que salían de la División serían supervisados por Marqués y finalmente —en los inicios— por el mismo Muñoz Marín. La continua tensión y negociación entre el populismo muñocista y el independentismo de René Marqués fue una de las bases ideológicas del proyecto.

<sup>9</sup> Utilizo aquí este término adrede por lo que sugiere en términos de jerarquía, comunidad intelectual masculina, caudillismo (el padre figurado), el poder letrado y las continuas exclusiones del canon literario de todo lo que intenta dispersarlo, como bien examina y critica Juan Gelpí en su libro *Literatura y Paternalismo en Puerto Rico*, Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1993.

<sup>10</sup> Arcadio Díaz Quiñones indica que la “preocupación didáctica” en Marqués es fundamental puesto que aspiraba a “dar lecciones morales claras, rotundas”. Añade además que “No se “lee” a René Marqués: prácticamente hay que acatarlo”. Arcadio Díaz Quiñones, “Los desastres de la guerra: para leer a René Marqués”, en *El almuerzo en la hierba (Llorens, Palés, Marqués)*, Río Piedras, Ediciones Huracán, 1982; p. 155.

<sup>11</sup> René Marqués, en obvia referencia a las palabras de Muñoz Marín y a la política de Benítez en la Universidad de Puerto Rico, escribía: “El conflicto vivo de norteamericanismo vs. puertorriqueñismo es y será siempre irreconciliable. Por mucha que sea nuestra ingenuidad no nos podrán hacer tragar las ciertas frases hechas. ¿Puerto Rico, *punte* entre dos culturas? ¿*Eslabón* de las dos Américas? ¿Campo experimental donde se *funden armoniosamente* dos modos de vida antagónicos?”. René Marqués, *El puertorriqueño dócil y otros ensayos (1953-1971)*, Río Piedras, Editorial Antillana, 1977; p. 42.

A pesar de su acérrima crítica a la política muñocista, como escritor profundamente didáctico en ocasiones se acercaba al discurso de Muñoz. A través de operativos simultáneos, Marqués afirmaba lo puertorriqueño en lo agrícola que iba desapareciendo ante la apresurada modernización. Sin embargo, mientras Muñoz trataba de conjugar —con gran dificultad— los elementos de la ruralía que veía como ‘auténticamente puertorriqueños’ con la modernización, Marqués, obstinado en la conservación, iba aferrándose más a lo que se desvanecía. Elaboró, según Díaz Quiñones, una “visión estética y estática de hombre y objetos, una visión, desde luego, ahistórica, para contraponerla —ímplicita o explícitamente— a la “corrupción” de las costumbres del presente”.<sup>12</sup>

Con esa pedagogía propia cargada de absolutos, Marqués se empleó en la DivEdCo, agencia en la que trabajó por casi dos décadas como jefe editorial. Marqués sabía que el programa educativo auspiciado por el gobierno tenía fines que iban mucho más allá de preparar folletos educativos acerca de cómo evitar enfermedades como la bilharzia, o aconsejar acerca de los valores nutritivos de los alimentos. La presentación del material tenía que responder a la realidad puertorriqueña, y estaba extremadamente interesado en la veta cultural que el proyecto le permitía minar. Aunque mucha documentación del funcionamiento de la DivEdCo se ha perdido, se conservan aún— muy fragmentadamente— una buena cantidad de minutas de reuniones entre las diferentes secciones de la División. También existen memorandos —sobre todo de René Marqués— que son de gran valor, porque muestran los problemas de engranaje en la construcción de un corpus pedagógico hecho por intelectuales y artistas bajo los auspicios del estado. De los documentos que han sobrevivido, puede notarse la gran cantidad de correspondencia del autor con el director de la División, Fred Wale, y los comentarios de Marqués vertidos en las reuniones —y recogidos en las minutas— que muestran a un escritor y editor comprometido, siempre presto a velar por la calidad de los productos educativos.

Como jefe editorial, Marqués pasaba juicio, corregía el trabajo de sus compañeros y podía ser extremadamente duro en su crítica.<sup>13</sup> El texto de todos los productos debía pasar por sus manos para ser aprobado en cuanto a estilo y escritura y, en muchos casos, “el tratamiento del tema”. Marqués ejercía gran influencia en escritores como Emilio Díaz Valcárcel e incluso Pedro Juan Soto. De Marqués y Soto recuerda Díaz Valcárcel en sus memorias:

<sup>12</sup> Díaz Quiñones, *op.cit.*; p. 164.

<sup>13</sup> Escribía Marqués a Díaz Valcárcel: “Si me preocupa un mínimo el estilo y redacción de las historietas para cine, me preocupa muy mucho el estilo y la redacción de nuestros libros. En los libros es que está (y quedará siempre) constancia de nuestra responsabilidad como escritores. Tenemos que exigirnos más de nosotros mismos en la redacción de nuestros libros. La redacción y estilo de ‘Nuestra Casa’ muestra una despreocupación alarmante en ese sentido. El estilo didáctico parece en ocasiones el balbuceo que se emplea para hablarle a un niño o a un adulto morón [. . .] Hay poca o ninguna imaginación en la redacción. No hay cariño en la empresa de redactar el libro. Parece una ‘salida del paso’, a la cual yo no le puedo dar ‘salida’ como Editor”... René Marqués, “Memorándum a Emilio Díaz Valcárcel. Material y texto para el libro ‘Nuestra Casa’”, 7 de noviembre de 1958.

[. . .] se me iban pareciendo a hermanos mayores, percibía de algún modo en la conciencia el peso de esos compañeros que escribían ya sus primeras novelas mientras yo dudaba con mis dos libros de cuentos aún sin publicar [. . .]<sup>14</sup>

En frecuentes reuniones no oficiales en el Bar Seda —llamado el otro ateneo— y El Patio de Sam (en el Viejo San Juan, donde también estaba localizada la oficina de la agencia), compartía con los pintores y escritores que trabajaban en la División.<sup>15</sup> Era una convivencia, un día a día, la DivEdCo propiciaba enlaces intelectuales y artísticos. Era un constante intercambio, se discutían las últimas películas, cuentos, novelas y eventos; tanto la labor pedagógica como la obra artística personal se propiciaba. Marqués no sólo ejercía gran influencia sobre los escritores, sino en los artistas que trabajaban en la División. En palabras de Homar:

René Marqués, probablemente nuestro mejor escritor, dirigía la sección de literatura. Mis relaciones con René Marqués fueron siempre muy cordiales. Persona muy inteligente y patriota, pero nunca patriotero. Tanto Tufiño, Carlos Rivera y yo compartíamos mucho rato de conversación en relación con P.R., su historia, su futuro, su arte... Los otros en su sección, como Pedro Juan Soto y Emilio Díaz Valcárcel compartían sus ideas con René.<sup>16</sup>

En el 1959, es Marqués quien recopila los textos de sus compañeros para producir la antología *Cuentos Puertorriqueños de hoy*. El autor presentaba a sus compañeros con un ensayo informativo y valorativo de la obra literaria y dos cuentos de cada uno. Incluía además una corta autobiografía en la que cada autor exponía su concepto del cuento. En el ensayo introductorio, Marqués afirmaba la cohesión que caracterizaba al grupo y recalca la “dedicación casi misionera” de estos escritores, germen del ideal del intelectual que Marqués desarrollaba con más profundidad en su ensayística.

Estos jóvenes —el más maduro no ha llegado a los cuarenta, el menor borda los treinta— constituyen, en su mayoría, un núcleo de escritores profesionales. No en el sentido de que puedan vivir de sus productos literarios —cosa imposible en nuestro medio— pero sí en el de poseer un conocimiento profundo del oficio, un alto grado de responsabilidad profesional, una dedicación casi misionera a la tarea creadora y un deseo urgente, vital, de superación personal y colectiva. Es decir, casi todos tienen conciencia, no sólo de sí mismos como creadores individuales, sino como miembros

<sup>14</sup> Emilio Díaz Valcárcel, *En el mejor de los mundos*, Río Piedras, Editorial Cultural, 1991; p. 29.

<sup>15</sup> Cuenta Díaz Valcárcel: “En el Seda nos reuníamos grupos de empleados de Educación a la Comunidad, del Instituto de Cultura [. . .] A veces venían artistas de la academia, llenos de teorías y vacíos de obras, y se mantenían algo alejados del militante grupo de pintores y grabadores que habían traído de México influencias de los clásicos —Diego Rivera, Orozco, Siqueiros, Chávez Morado y otros— y que entendían —en esos tiempos— su trabajo como instrumento de cambio social... Buena parte de la llamada Generación del 50 —escritores, artistas gráficas, pintores, cineastas— estuvo de alguna manera ligada a Educación de la Comunidad y por ende, a su “subsidiaria” el Seda”. *Ibíd.*; pp. 31-32.

<sup>16</sup> Entrevista personal con Erich González Arocho, 22 de abril de 1983.

de una promoción, de un grupo afín en sensibilidad, ideales estéticos, percepción social y política, y ubicación histórica.

Con la excepción de José Luis González, quien milita activamente en las filas del marxismo hace ya buen número de años, los demás cuentistas aquí representados se mantienen, más o menos, al margen de la lucha partidista. No están comprometidos de modo obvio con ninguna facción insular. Los más yerguen sus ideales con agresiva independencia, sin doblegarse a la rígida disciplina de un determinado partido. Los menos sienten alergia —quizás asco— a la mera mención de la palabra “política”. No es ello, sin embargo, el resultado de una consigna de grupo, sino más bien consecuencia de una personal y espontánea actitud intelectual respecto a la misión libre del creador en la sociedad que le da razón de ser.<sup>17</sup>

En esa introducción Marqués no se refería a la labor didáctica que realizaba en la División junto a sus compañeros escritores (Díaz Valcárcel, Soto, Vivas y Silás), al señalar que los escritores profesionales en Puerto Rico no podían vivir de sus productos. Más aún, en la obra ensayística seleccionada por el autor para publicación no existe mención directa de su trabajo en la División, y en ninguna de las contraportadas de sus libros aparece este dato en la información biográfica.

En las notas de presentación acerca de Pedro Juan Soto no mencionaba el trabajo en la División, aunque el propio autor —en la autobiografía que seguía el ensayo informativo de Marqués— mencionaba que había vuelto de Nueva York para trabajar en la Unidad Editorial. Marqués escribía acerca de la experiencia de Pedro Juan Soto en la urbe neoyorquina, y enfatizaba que había tenido que luchar con el problema de “la lengua propia empobrecida y deformada por el forzoso bilingüismo a que le obliga su condición de emigrado puertorriqueño en los Estados Unidos”, superándolo finalmente.<sup>18</sup> En la presentación de Emilio Díaz Valcárcel, mencionaba el trabajo en la División y detallaba las experiencias formativas del autor bajo las influencias de Pedro Juan Soto y él mismo. Marqués no especificaba que esos intercambios habían sido posibles en gran parte por el trabajo diario que compartían en la División.

A la visión del intelectual que esgrimía Marqués, y que Soto y Díaz Valcárcel compartían, contestaba José Luis González en su autobiografía. González atacaba la noción de “libertad” que sostenían sus compañeros de generación. González condenaba claramente esa independencia de los escritores que se traducía en la “dicotomía entre el intelectual y el hombre de acción”, idea que Marqués había esbozado más claramente en el ensayo “Pesimismo literario” premiado por el Ateneo Puertorriqueño en 1958. En una obvia referencia a las ideas de Marqués, señalaba González:

<sup>17</sup> Marqués, *Cuentos puertorriqueños de hoy*; pp. 100-101.

<sup>18</sup> *Ibíd.*; pp. 155-161.

Desde 1943 soy militante marxista y, en consecuencia de ello, partidario activo de la independencia nacional de Puerto Rico. Quince años de actividad política me han enseñado una verdad elemental: la única lucha revolucionaria eficaz es la lucha organizada y disciplinada. El individualismo anarquizante, hijo de la soberbia intelectual y de la inmadurez ideológica, sólo sirve para frenar y debilitar la verdadera acción revolucionaria. Rechazo por irracional y pernicioso la dicotomía que cierta corriente de misticismo reaccionario pretende establecer entre el intelectual y el hombre de acción. Para fundamentar este rechazo me basta, entre tantísimos otros, el ejemplo luminoso de José Martí.<sup>19</sup>

Aún así Marqués no podía deshacerse de sus absolutos: sus polarizaciones eran casi un refugio ante el cambio caótico que percibía. En su obra literaria —ensayo y teatro—, en cartas, memos y en reuniones de la DivEdCo, Marqués definía constantemente los papeles del intelectual y del hombre de acción. En un memorándum a Wale y a Isales, en agosto del 1964 —cuando ya el agotamiento de la División empezaba a notarse— Marqués revisaba, discutía y criticaba el uso de los productos de la División en las comunidades rurales y al final indicaba:

What are we going to do? I don't know. As usual, the writer perceives or discovers and discloses or uncovers problems. He does not give solutions. Solutions come from the man of action, the politician, the specialist. The writer's function does not go that far ("Memorándum", 6 agosto 1964).

Vale la pena recordar una de las películas de la División, *La noche de Don Manuel* de 1965, con guión de Pedro Juan Soto de un cuento de René Marqués, en la que la posición del intelectual en la sociedad es parte fundamental del mensaje pedagógico. Al comienzo de la película el narrador enuncia que "el artista y el escritor, al igual que el obrero y el científico, tienen una labor valiosa que realizar [. . .] son una muestra de la sociedad". Don Manuel es el líder autoritario de la comunidad y su nieto quiere ser pintor; él lo desalienta porque "no quiere tener artistas en su casa". Don Manuel tiene que enfrentarse a un joven de ideas democráticas que le indica que "este barrio necesita líderes, no padres [. . .] por generaciones este barrio ha tenido demasiados padres, ése ha sido uno de nuestros males [. . .]". El muchacho organiza un club de recreo en el que algunos muchachos juegan —en gran armonía— béisbol, y otros leen o pintan bajo un árbol. Para Marqués era preciso definir el espacio del escritor, y afirmarlo en todos los foros posibles.

El autor insistía en definir claramente las posiciones del intelectual y el hombre de acción. Marqués criticaba, apuntaba, examinaba; ésa era su misión: señalar los males sociales y los desaciertos. No le tocaba al escritor resolverlos. Sin embargo, la línea que separaba al intelectual del hombre de acción, ¿no se

<sup>19</sup> José Luis González, "Autobiografía", en René Marqués, editor, *Cuentos puertorriqueños de hoy*, Río Piedras, Editorial Cultural, 1990; pp. 83-84.

hacía más difusa al llegar a su trabajo en la División? ¿No era difícil precisar si su trabajo borraba esos límites que él mismo se había trazado? Su trabajo como jefe editorial de la División se constituía como el primero en una serie de matices que difuminaban sus absolutos. Gran parte de su obra literaria personal, por la que fue reconocido ampliamente, fue producida mientras se desempeñaba como escritor de la División.

El mismo año en el que Marqués se convertía en jefe editorial de la DivEdCo escribía el ensayo “Un autor, un intrínquilis y una obra” (1953) en la revista *Asomante*. En este ensayo crítico sobre el texto “La muerte” de Emilio S. Belaval, Marqués criticaba la política del gobierno:

El gobierno nativo implanta entre otras cosas (cosas buenas y cosas malas, como es justo que haya en la viña del Señor) la teoría del “universalismo”. Peregrina teoría oficialista que no es tal universalismo y sí un cosmopolitismo de pésimo gusto para enmascarar el temor oficial a los sentimientos nacionales o nacionalistas que pudieran hacer aflorar viejos conflictos, embarazosos en el desarrollo del “Nuevo Trato” colonial.<sup>20</sup>

Es importante recordar aquí que al momento de lanzar estas críticas, Marqués trabajaba en un proyecto de orígenes novotratistas.

Es preciso citar extensamente la polémica epistolar que suscitó el ensayo acerca de “La muerte” entre Antonio J. Colorado, Director Editorial del Departamento de Instrucción Pública, y René Marqués. Este es el único enfrentamiento directo (documentado) que se le hace a Marqués en cuanto a su trabajo de la División y su posición como intelectual. Escribía Colorado:

Estás totalmente errado en lo de afirmar que el gobierno ha implantado la teoría del universalismo que llamas “cosmopolitanismo de pésimo gusto”. ¿Es que no está en letra de molde lo que ha venido diciendo públicamente y haciendo desde hace algún tiempo un gobernante que es, además o acaso principalmente, un gran escritor: Luis Muñoz Marín? ¿Es que tú mismo no eres una demostración en contra de tu peregrina tesis? ¿Es que en la Educación de la Comunidad no se está haciendo arte y literatura auténticamente puertorriqueños, sin estrecheces nacionalistoides y, aun, creo yo, pasando por alto o tolerando prejuicios en favor de este último sentido? ¿Por qué hablas tan insustancialmente de los educadores también? El Departamento de Instrucción para el cual tú trabajas por tu libre voluntad no está ciertamente haciendo labor de “cosmopolitanismo del peor gusto

[. . .]”

Es extraordinario que tú digas esas cosas: no porque nadie piense que como colaborador de este gobierno no tengas derecho a decirlas; claro que lo tienes como lo tiene todo ciudadano. Pero como intelectual, que aspira al juicio adecuado y objetivo, no tienes derecho a decirlo, sencillamente porque es incierto. Cuando se habla como intelectual se tiene una responsabilidad, y es necesario que se descargue cumplidamente y con claridad, sin arrimar el ascua a ninguna sardina.

<sup>20</sup> Marqués, *El puertorriqueño dócil*; p. 19.

Creo que lo más que puede decirse —y debe decirse— es que la dirección de la Universidad, ie. Jaime Benítez, acusa una indisposición a considerar y estimar lo puertorriqueño, y, por extensión, a los puertorriqueños en general. Pero el Gobierno no tiene ninguna actitud oficial ni extraoficial a favor de eso; antes por el contrario, el jefe de Gobierno ha censurado públicamente tal actitud en más de una ocasión.<sup>21</sup>

René Marqués respondía que su estudio acerca de “La muerte” había sido publicado antes del famoso discurso de Muñoz Marín a la Asamblea General de la Asociación de Maestros: “La personalidad puertorriqueña en el Estado Libre Asociado de Puerto Rico” el 29 de diciembre de 1954. Marqués no tocaba el tema de la División en su respuesta, pero afirmaba estar desempeñando su “responsabilidad intelectual”. Indicaba Marqués:

Quiere ello decir que al escribir yo el artículo, el Gobernante no había aún sentado pautas sobre el problema como las sentó posteriormente en el ya conocidísimo discurso a la Asociación de Maestros. Quiere ello decir además, que algunos educadores no habían aún expresado públicamente, en forma definitiva, sus puntos de vista sobre el problema como luego habrían de expresarlos a fines de este año de 1954. (Año y medio después de escrito mi trabajo sobre La Muerte). Quiere ello decir que los que no adivinamos el pensamiento íntimo del gobernante y de algunos educadores, y sólo conocemos ese pensamiento cuando es expresado con claridad al público, tenemos perfecto derecho a creer que la franca y abierta orientación sobre lo autóctono y lo nacional tiene solamente un poquitín más de un año de vida. Los intelectuales que descargamos nuestra responsabilidad cumplidamente y con claridad no tenemos la culpa de que en esta era atómica las circunstancias políticas cambien con vertiginosidad tan meteórica.

Concluía en la segunda página de su carta que:

En cuanto a nacional o nacionalista no me parece que del texto de mis notas se infiera que el confundido sea yo. Sin embargo, no creo que sea preciso en este caso específico enfrascarnos en la tarea de “hender un pelo por el medio”, como diría un estadounidense. En eso de nacional o nacionalista yo digo: “El intelectual puertorriqueño que en ALGUNA OCASIÓN durante los últimos quince años NO haya armado sublime confusión con esos dos términos, que tire la primera piedra.

Y en la posdata, apuntaba:

Antes de enviar al Departamento de Instrucción el sobretiro ya le había enviado un ejemplar al Gobernante. Me interesaría muchísimo conocer los puntos de vista de Don Luis sobre mis Notas, no interpretados por una tercera persona, sino expresados por él mismo. Entonces no sólo conocería yo el criterio de un educador sino también el del gobernante. Hasta ahora no tengo garantía alguna de que ambos criterios coincidan.<sup>22</sup>

<sup>21</sup> Antonio Colorado, “Carta a René Marqués,” Departamento de Instrucción Pública, carta no publicada, Archivo Luis Muñoz Marín, 8 diciembre 1954.

<sup>22</sup> René Marqués, “Carta a Antonio J. Colorado”, División de Educación de la Comunidad, carta no publicada, Archivo René Marqués, 10 diciembre 1954.

Marqués llamaba a Muñoz “educador”; se rehusaba de alguna manera a incluirlo en el concepto de escritor. Para Marqués el gobernante no podía ser escritor/intelectual, porque se había convertido en un hombre de acción. Esta idea la desarrollaría Marqués con más claridad en el ensayo “Pesimismo literario y optimismo político: su coexistencia en el Puerto Rico actual”. Al discutir la polémica del “puertorriqueñismo vs. occidentalismo” entre la Universidad de Puerto Rico y la Fortaleza y catalogarla de farsa, indicaba Marqués en una nota al calce:

[. . .] el Rector y el Ejecutivo son ramas gemelas de un mismo tronco ideológico. No sería preciso ahondar demasiado para descubrir que el Rector Jaime Benítez ideológicamente, se parece más a Luis Muñoz Marín que el propio Ejecutivo a sí mismo. Ello se explica por la condición de intelectual del primero, que le permite ser fiel a determinada postura ideológica (la francamente colonial-anexionista en este caso). El segundo, en cambio, no ha podido sustraerse al fatal don camaleónico que caracteriza a todo hombre de acción [. . .].<sup>23</sup>

Colorado contestó la carta de Marqués cuatro días después, y le indicó que debió incluir en su separata (enviada a las bibliotecas escolares) una rectificación de sus palabras, porque en el discurso a los maestros el gobernador había defendido y afirmado la cultura puertorriqueña.

[. . .] si como dices, las personas autorizadas —los educadores, los gobernantes— no se habían expresado públicamente sobre ese asunto ¿cómo podía nadie con razón decir entonces que “el gobierno implanta... la teoría oficialista etc., etc., etc., concebida como arma política por las esferas del gobierno?”. Y es más inconcebible todavía que eso lo dijera una persona que trabajaba y trabaja en un organismo educativo del gobierno en el cual se afirma oficialmente y con películas, folletos, cartelones, dibujos, ilustraciones, etc., lo auténticamente puertorriqueño, o ¿estoy equivocado en eso?<sup>24</sup> (“Carta” 14 diciembre 1954).

Marqués no “se defiende” desde su posición como empleado del gobierno, sino desde su posición de intelectual/escritor. Este es el papel primordial que adopta; sólo desde allí lanzará sus continuas críticas. No se verá al escritor trayendo la experiencia de empleado gubernamental a la literatura. Para Marqués, el escritor es vidente, crítico y ético. Al criticar el nacionalismo cultural muñocista, Marqués adoptaba una posición de ente exterior. Como escritor armado con su “sexto sentido” y su “visión profética”, veía lo que el hombre de acción no notaba o no se permitía notar. Sin embargo, ese espacio que habitaba, y las posiciones que asumía como intelectual, devenían en gran medida del nacionalismo cultural auspiciado desde el poder. De alguna manera, René Marqués era parte de ese proyecto que criticaba con tanta vehemencia.

<sup>23</sup> Marqués, *El puertorriqueño dócil*; p. 70 (el énfasis es mío).

<sup>24</sup> Antonio Colorado, “Carta a René Marqués,” Departamento de Instrucción Pública, carta no publicada, Archivo Luis Muñoz Marín, 14 diciembre 1954.

Al instaurarse el Estado Libre Asociado (1952) se reconocen oficialmente la bandera y el himno que hasta entonces habían sido expresión simbólica, del Nacionalismo puertorriqueño en particular, y de los ideales de independencia en general (Símbolos peligrosos de subversión, por lo tanto). Como complemento de este hábil golpe psicológico, el Ejecutivo proclama el fomento del nacionalismo cultural. Lo puertorriqueño, considerado hasta entonces por su administración como embarazoso elemento en el desarrollo económico y en la norteamericanización cultural de la Isla, adquiere carta de ciudadanía.

El súbito viraje coloca al gobernador Luis Muñoz Marín en la anómala situación de defender exactamente lo que estuvo atacando en años anteriores<sup>25</sup> (*El puertorriqueño dócil* 68).

En el mismo ensayo, Marqués escribía que “el fomento de un nacionalismo cultural no sublimará las ansias de soberanía nacional del sector independentista y mucho menos las del fanatismo nacionalista”.<sup>26</sup> En obvios ataques al optimismo oficial, escribía:

[. . .] la notoria falta de “sincronización” entre el creador y el hombre de acción, ¿continuará en la próxima década? ¿Seguirán los pintores puertorriqueños destacando en sus cuadros y grabados las miserias de los arrabales sanjuaneros mientras los turistas se tuestan, en balnearios de lujo, bajo el sol tropical? ¿Seguirán los escritores puertorriqueños dando sombrías voces de alerta ante los complejos problemas sociales y psicológicos inherentes a la industrialización, mientras las estadísticas oficiales pregonan los beneficios económicos del desarrollo industrial? ¿Seguirán dramaturgos y narradores explorando el fenómeno Nacionalista mientras el Ejecutivo proclama que el mundo vive los albores de una feliz era posnacionalista? [. . .] ¿Seguirá, en fin, siendo distinta la percepción de la realidad para el Poeta y el hombre de acción? ¿Se mantendrá la irreconciliabilidad entre el optimismo político y la expresión pesimista de la literatura puertorriqueña? Creemos que sí. Independientemente del hecho innegable de que el tiempo del Poeta está proféticamente varios compases más adelantado que el del político, concurren circunstancias especiales en la realidad puertorriqueña presente como para no justificar el optimismo de los escritores en producción.<sup>27</sup>

Si hay algo constante en las críticas de Marqués, es una extraordinaria fe en la palabra, y la paradójica esperanza que en el gobierno de Muñoz, la literatura podía entrar. Si se piensa en las instituciones culturales que el estado creó y auspició, puede decirse que en gran medida Marqués acertaba en esa apreciación. Para Marqués la letra mantenía su privilegio. Bajo el subtítulo “Optimismo literario: una necesidad del Estado”, indicaba que el estado se preocupaba por lo que la literatura criticaba porque:

No es políticamente deseable para los responsables del poder el que se expongan a luz pública los aspectos negativos o sombríos del statu quo, ni aun bajo el alado manto de la Poesía [. . .]

<sup>25</sup> Marqués, *El puertorriqueño dócil*; p. 68.

<sup>26</sup> *Ibíd.*; p. 74.

<sup>27</sup> *Ibíd.*; pp. 75-76.

[. . .] Porque si bien la literatura no daña sociedades ni destruye pueblos, puede, a la larga y en determinadas circunstancias, socavar los cimientos de un gobierno. Puede hacerlo dándole al pueblo o, por lo menos, a un sector apreciable de la clase dirigente, una más clara percepción de realidades adversas hasta entonces inadvertidas o ignoradas.

Por otro lado, esa misma literatura pesimista podría ser capaz de robustecer al mismo gobierno del cual es, directa o indirectamente, vivo reproche.<sup>28</sup>

En una necesaria y brillante relectura de los dispositivos discursivos del ensayo “El puertorriqueño dócil”, Agnes Lugo Ortiz explica que el ensayo “Pesimismo literario” fue

[. . .] el primero de sus ensayos en el que sistemáticamente se aborda la cuestión de las relaciones entre literatura y política —la función del escritor se formula en términos potencial y relativamente suplementarios a la actividad del estado— lo literario, justamente en virtud de la distinta lógica que lo rige, podría ser de utilidad para el Estado, iluminándoles sus puntos ciegos e induciéndole a la rectificación [. . .]

Este primer intento de Marqués de definir el lugar del escritor dentro de la modernidad puertorriqueña abre un intersticio en donde el Estado (lo político, significa(n)do alternamente en el texto por el término “hombres de acción”) y la literatura (“el Poeta”) podrían encontrarse. El hombre de acción/el Estado moderno y el Poeta/la literatura comparten, teóricamente, un mismo deseo de mejoramiento y una misma fe teleológica. Lo que mueve la crítica del Poeta es, según Marqués, la “fe, confesada o no, en la posibilidad del cambio, de la solución”<sup>29</sup>

Sin embargo, Marqués no ocupaba esa posición de “suplemento”, de exterioridad crítica tan claramente definida. Su trabajo como Director editorial de la División lo colocaba dentro de uno de los proyectos complementarios —o quizás claves— de la Operación Manos a la Obra: la Operación Serenidad. Por otro lado, sus “jefes” —Fred Wale y Carmen Isales— tenían contacto directo con Muñoz.<sup>30</sup> En una ocasión en el que el director de la revista *Semana*, del Departamento de Instrucción Pública, invitó a Marqués a “colaborar en la planificación, creación y redacción de los programas de televisión a ser utilizados por la actividad de la Administración de Estabilización Económica”, el escritor respondía que debía ausentarse de la oficina central para “hacer investigaciones en distintas zonas rurales de la Isla con el fin de preparar productos educativos”,

<sup>28</sup> *Ibíd.*; pp. 80-81.

<sup>29</sup> Agnes Lugo Ortiz, “Sobre el tráfico simbólico de mujeres. Homosocialidad, identidad nacional y modernidad literaria en Puerto Rico (apuntes para una relectura de *El puertorriqueño dócil* de René Marqués)”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* XL (1997); p. 262.

<sup>30</sup> En una reunión en la que Marqués estaba presente se decidió que: “*The products will continue to be handled the same way as up to the present. They will be reviewed and approved by the Committee before they are sent for consideration to the Secretary of Education and to the Governor*”. Esto es sólo una muestra. Marqués conocía la estrecha relación que tenía la División con el gobernador, Muñoz Marín. “Minutas del Comité de Programa”, División de Educación de la Comunidad, Minutas no publicadas, Archivo René Marqués, 14 de mayo de 1954.

y que no tendría el tiempo disponible para colaborar. Aun así, Marqués le mencionaba otros productos que podía utilizar para llevar a cabo su campaña informativa y le indicaba que:

[. . .] a tono con la OPERACIÓN SERENIDAD, y ya desde antes de surgir este año el proyecto de la Semana de Orientación al Consumidor habíamos incluido en nuestro programa educativo de 1956 una película dramática con el siguiente tema: Ambición desmedida por bienes materiales en detrimento de bienes espirituales y resultando posiblemente en frustración por exceder los deseos a los medios y limitaciones del individuo.<sup>31</sup>

Sin embargo, era principalmente por esa “fe teleológica” del intelectual que Marqués participaba del proyecto rural, produciendo una obra educativa dentro de los parámetros establecidos por el estado y, vale añadir, por él mismo. Aun así, tanto en su obra personal como en la correspondencia dentro de la División, Marqués seguía criticando duramente la obra de Muñoz. Sin embargo, en una de sus obras teatrales más abiertamente críticas de Muñoz Marín, *La muerte no entrará en palacio* (1957), el intelectual acepta un lugar: la conciencia crítica del hombre de acción, su suplemento (¿complemento?). El manejo de la palabra, la sensibilidad de ver sitúan al intelectual como superior. Al convertirse en hombre de acción, Muñoz, el poeta, ha perdido esa capacidad; ese “trazo” de ser poeta es lo que Marqués parece concederle a Muñoz en la acotación del personaje de Don José, el gobernador del protectorado.<sup>32</sup> En el segundo acto de la obra se da un encuentro entre el poeta Teresias —de quien nos enteramos más tarde que ha rechazado la pensión del gobierno— y Don José que le pregunta acerca de los nuevos versos para el himno del protectorado:

[. . .] Vamos, poeta, sé generoso con un agobiado hombre de acción [. . .] ¿Escribiste la letra del himno? [. . .]

Teresias: Mi pluma no está al servicio de tus caprichos [. . .]

Teresias: Me sangra el corazón decir cosas que jamás creí tuvieran que ser dichas. Pero alguien tiene que decirlas, José. Alguien tiene que golpear este silencio de muerte

<sup>31</sup> René Marqués, “Carta a Rafael Torres Mazzorana, director de *Semana*, Departamento de Instrucción Pública”, División de Educación de la Comunidad, carta no publicada, Archivo René Marqués, 2 de noviembre de 1955.

<sup>32</sup> “Don José sale por la puerta de la vidriera. Tiene 58 años. Alto, corpulento. A pesar de que el cuerpo se inclina ligeramente tiene un porte digno, y en su voz, su sonrisa y sus ademanes hay un calor humano que ejerce notable influencia sobre los demás, subyugando voluntades y despertando afecto o, por lo menos, simpatía. Lleva bigote; el resto del rostro cuidadosamente rasurado. Todo su físico rebosa salud. Cuando sonrío muestra, sin embargo, una dentadura bastante deteriorada. Por ello, al sonreír abiertamente, tiende a llevarse una mano a la boca para ocultar el deterioro de los dientes. Es un gesto inconsciente que resulta infantil en un hombre de su corpulencia y carácter, pero que quizá por lo mismo añade cierto encanto a su personalidad. Sus ojos grandes tienen, en momentos de bonanza, una imborrable carga de tristeza. Diríanse los ojos de un poeta, no de un político”. René Marqués, *La muerte no entrará en palacio (tragedia en dos actos y cuatro cuadros)*, Río Piedras, Editorial Cultural, 1970; p. 209.

que te rodea [. . .] Tiene que alzarse una voz. Una voz siquiera tiene que alzarse por encima de la adulación y el servilismo, por encima del temor y la cobardía, para decirte: ¡Gobernador de esta Isla, eres un farsante!<sup>33</sup>

El hombre de acción tiene que rogarle al poeta, lo necesita para crear el himno nuevo, la letra de uno de los símbolos del protectorado, del Estado Libre Asociado. El hombre de acción necesita al poeta, se rinde ante él y casi no reclama ante sus insultos. Ante un ser superior, llega a tener vergüenza. Así Marqués escribe el sueño del lugar que ocupa, ordenando en la literatura sus designios. Si se oyera al poeta, al intelectual, la democracia tendría sentido; de no ser así, sólo era una malentendida democracia, la democracia populista de Muñoz.

¿Cuál era entonces el concepto de la democracia que tenía Marqués? ¿Difería de la democracia populista de Muñoz Marín? ¿Se puede decir que intersectaban en más puntos de los que Marqués hubiera querido admitir? Una de las misiones fundamentales de la DivEdCo era no sólo ser instrumento gubernamental de enseñanza democrática, sino funcionar democráticamente. Por un lado se producía material que enseñaba y afirmaba los principios democráticos; por otro, las distintas unidades de la agencia debían trabajar por consenso al producir el material. Como jefe editorial, Marqués participaba activamente en la democratización que criticaba, y de alguna manera creía en ella. Carmen Isales comentó que René Marqués entendió la visión democrática del programa:

[. . .] René, cuando empezó a escribir, empezó a darse cuenta [. . .] que en verdad él tenía una responsabilidad como escritor en ese programa de pensar en el desarrollo del proceso democrático en el cual él creía... él era independentista, eso no quiere decir que no creía en la democracia... cuando él entendió empezó a escribir joyas literarias que estaban hechas con el sentir de la gente [. . .] cuando René se bajaba con uno de sus libros no hay quien se le parara al lado [. . .]<sup>34</sup>

Por otro lado, en un discurso de 1955 con filos orteguianos, Marqués se refería al “vendaval democratizador”,<sup>35</sup> como lo llamaría luego —del que en gran medida era parte— como un atentado a su posición de intelectual. El escritor lamentaba su ‘desplazamiento’; perdía su espacio, el lugar que le pertenecía y que merecía.

Cuando un país sufre de golpe y porrazo la fiebre de la democratización no del todo bien entendida (y ello lo experimentamos los puertorriqueños a saciedad durante la década de 1939 a 1949) términos tales como intelectual, liderato y artista constituyen un estigma para el individuo dentro de la sociedad que él mismo, probablemente, ayudó a formar.<sup>36</sup>

<sup>33</sup> *Ibíd.*; pp. 261-264.

<sup>34</sup> Carmen Isales, entrevista personal con la autora, 14 de agosto de 1998.

<sup>35</sup> Marqués, *El puertorroqueño dócil*; p. 93.

<sup>36</sup> *Ibíd.*; p. 36.

Dentro de la División, Marqués “protestaría” desde su posición de intelectual. El primer memorándum de René Marqués del año 1957, que ya documentaba los tranques que caracterizarían los años siguientes, cuestionaba el uso del cine como medio educativo: lo consideraba un camino sin salida para el Comité de Programa, y un dilema para la Editorial. Como protesta, ya en el año 1957 la Editorial había dejado de producir textos nuevos, y Wale ponía en tela de juicio el compromiso de la Editorial con la base ideológica de la División.

Además, Marqués mostraba gran preocupación acerca del cambio de énfasis de la División, que se ejemplificaba en el desperdicio de esfuerzo creativo e intelectual y el ahorro en obras públicas rurales bajo la guía de la agencia.

Before stating my concern I want to give the assurance that I fully understand why we use material projects in our field program. It is not the bridge or the road what we are really interested in. It is the right process of working together in the project what would bring the democratic growth for the community. This I understand.

So far as we refrained from having concerns about the material outcome in terms of dollars and cents, it never came to my mind that there was something unethical or immoral in it. But now that we have to make reports on the material realization of those projects so that we or other agencies can figure out how many millions of dollars our peasants are saving the Government each year, a simple moral question arises: Are we not encouraging and, in a way, helping to develop a new and subtle way of exploitation in relation to our less privileged working class: the country laborer? Aside from the educational venture of having them understand the democratic process, what in factual terms does their present contribution to Public Works actually mean? Somebody could say that it means that they are sacrificing free labor [. . .] to do a job that the Government has to do, anyway. We should not disregard this angle. We, the more privileged classes are not asked to sacrifice anything (except taxes, which the peasants pay, too) to have the same public services that EVERY CITIZEN IS ENTITLED TO HAVE in a democracy. The Government, of course, wants us to understand democracy, too. But it uses other means to tell or to teach us. You or I [. . .] or Tufiño or Sánchez Vilella or Muñoz himself would think it outrageous for the Government to encourage us, directly or indirectly, to learn and practice democracy by fixing our street, or the sewage system in our “Urbanización” or the electric posts on our street, or the bridge on the Martín Peña “caño”, or to build in our neighborhood the park that we don’t have. Why do we think ethical and moral and normal for the “jíbaro” what we think inconceivable for the classes which are better off?

[. . .] I am sure that you and Carmen and the governor have considered this in the past and have agreed on the right answer to it. I confess that the problem never occurred to me in such a clear-out way as it has now [. . .] Now, what really matters is not that it occurred to me, but that, as easily as it occurred to me it can occur to many others in and outside the Division. That is why I dare to suggest that you and Carmen give some fresh orientation to the Division’s staff and have our people be prepared to give the right orientation to those visitors or outsiders who might bring up the issue.<sup>37</sup>

<sup>37</sup> René Marqués, “Carta a Fred Wale”, División de Educación de la Comunidad, carta no publicada, Archivo René Marqués, 18 diciembre 1957.

Del mismo modo, a Marqués le preocupaba que ya no se necesitaran los productos de la DivEdCo en el campo, o más aún, que estuvieran interfiriendo con el trabajo de obras públicas que Campo y Adiestramiento estaba llevando a cabo.

Quizá sea un memorándum de René Marqués al director de la División, Fred Wale, en el año 1958 el que revele más claramente las contradicciones y los límites a los cuales se enfrentaba el proyecto creado para un momento particular de transición, y que ya a finales de los cincuenta, sin haber sufrido grandes transformaciones, pretendía de alguna manera conservar su mensaje intacto. El memorándum muestra la desilusión de Marqués ante la serie de callejones sin salida que presentaban los “nuevos temas” para la producción de ese año. Los temas listados repetían o recalcaban temas ya abordados: conservación de la tierra, recreación, el hogar rural, enfermedades, cuidado infantil, mejor comprensión de la función del gobierno, desarrollo económico y la agricultura.<sup>38</sup> Además, se trataba de ampliar o incorporar temas ya discutidos: biografías (“hombres ilustres”), Mar Caribe, la preparación de la juventud, el magisterio, y la escuela rural y la estación de leche. Todos los temas mostraban, en mayor o menor grado, grandes problemas de presentación debido a sus contradicciones inherentes.

Enfrentaban también el problema de cómo preparar material acerca de la industrialización y conservar el mensaje de la importancia de la agricultura: era el dilema del campo versus la ciudad. En la discusión se aclaraba que el programa estaba dirigido al sector rural, específicamente al sector más pobre de Puerto Rico, y terminaban decidiendo que no se producirían libros o películas con estos temas. El tema de la juventud y la industrialización también presentaba un tranque similar, y se decidió abandonarlo.

Fred said that he had thought of the importance of the Metropolitan School and other industrial schools for country boys, but that he had a concern: would it not be implied that the rural youths should, by all means, prepare themselves for industry and be ready to leave the country?

René said that the statement of the theme had dramatic possibilities, but that he shared Fred's concern. As the Division is addressing its program to the rural population, the movie would obviously have a “Go to the city, young man!” implication; the moral being that a prepared youth is “fortunate” enough to leave the land while the unprepared one would be “punished” by being forced to stay on the land.<sup>39</sup>

La documentación fragmentada del funcionamiento de la DivEdCo impide precisar detalles acerca de la producción de libros y películas en los años siguientes hasta el 1963. Sin embargo, un memorándum a principios de los

<sup>38</sup> René Marqués, “Memorándum a Fred Wale”, División de Educación de la Comunidad, Memorándum no publicado, Archivo René Marqués, 24 abril 1958.

<sup>39</sup> *Ibíd.*

años sesenta indica que no había plan para el año fiscal, e indicaba que Pedro Juan Soto estaba trabajando un libro acerca de la industrialización (que no se publicaría). Meses después, Marqués insistía que se debía volver a “la época de oro” de la División; en el 1964, comenzaría otro memorándum indicando que “as an agency we have not only come of age, but are already ‘old’”.<sup>40</sup> Marqués explicaba que las unidades de producción ponían tiempo, esfuerzo creativo y presupuesto del pueblo para producir material educativo que Campo y Adiestramiento debía usar en su trabajo diario. Sin embargo, la incomunicación entre Campo y Adiestramiento y las unidades de producción se había exacerbado en los últimos cinco años. No se sabía cómo, ni de qué manera, se utilizaban los productos. La razón, según Marqués, era que Campo y Adiestramiento se había involucrado en el boom de obras públicas.<sup>41</sup>

[. . .] we had the illusion that we had accomplished already the educational task of freeing our people from their traditional paternalistic yoke, while actually encouraging the same cultural pattern under a different or “new” disguise. And everybody was happy: Public Works, The Governor, The Legislature, The Bureau of the Budget, the rural communities. Everybody!<sup>42</sup>

Marqués les preguntaba a Wale y a Isales si éste era el resultado, o la culminación del programa, que se esperaba.

Podía, pues razonablemente pensarse que el énfasis ahora era en la acción (operación manos a la obra) y no en la educación (operación serenidad). De ahí, entonces que nuestros productos pareciesen ocupar ya un lugar muy secundario o superficial en nuestro programa.<sup>43</sup>

Marqués, como jefe editorial de la División, intentó mantener un espacio para la literatura, proponiendo nuevos productos y actividades. En el 1962, realizó una representación comunal de su texto “Los inocentes y la huida de Egipto” en el Barrio Palma Sola de Canóvanas. Para el año 1963, propuso una publicación que informara a la ruralía acerca de la actividad cultural puertorriqueña.<sup>44</sup> Al año siguiente, sometería el texto para el primer número de la publicación, *Nosotros*, e indicaba que era “bastante histórico pero que eso era

<sup>40</sup> René Marqués, “Memorándum a Fred Wale y Carmen Isales”, División de Educación de la Comunidad, Memorándum no publicado, Archivo René Marqués, 4 de agosto de 1964.

<sup>41</sup> Estas obras se llevaban a cabo con un fondo llamado “Ayuda Técnica” creado por el gobierno para que las comunidades, asesoradas por ingenieros, realizaran sus propios proyectos. Trabajaba en conjunto con la DivEdCo.

<sup>42</sup> Marqués, “Memorándum a Fred Wale y Carmen Isales”, 4 de agosto de 1964.

<sup>43</sup> René Marqués, “Memorándum a Fred Wale, Carmen Isales, Rolando, Tito, Oquendo, Don Vicente, Jorge”, División de Educación de la Comunidad, Memorándum no publicado, Archivo René Marqués, 8 de septiembre de 1964.

<sup>44</sup> René Marqués, “Memorándum a Fred Wale”, División de Educación de la Comunidad, Memorándum no publicado, Archivo René Marqués, 26 de septiembre de 1963.

comprensible como reacción a la casi total indiferencia con la que la historia de Puerto Rico había sido tratada por el Departamento de Educación”.<sup>45</sup> Para la segunda edición de esta revista a finales del 1965, incluiría la biografía del líder nacionalista Pedro Albizu Campos.<sup>46</sup> Después de las lecciones de democracia, sólo le quedaba a Marqués abogar, dentro de lo que cabía, por ampliar la misión cultural.

### III. REFLEXIONES FINALES

Fue la negociación continua, la brega, lo que caracterizó el intento de los intelectuales —liderados por René Marqués— de habitar un espacio provisto por el estado. Al emplearse con la División negociaban su posición como artistas y escritores dentro del proceso de rápida modernización. Optaron por asegurar su agencia en las decisiones de política pedagógico-cultural, sin dejar a un lado la creación y el fomento de otros foros de crítica. En los inicios, las coincidencias que el populismo propició abrieron un espacio cómodo para los artistas e intelectuales. Sin embargo, las negociaciones fueron trancándose porque la naturaleza del proyecto no pudo albergar los profundos cambios económicos y sociales de ese periodo. Era ya un proyecto que se hacía más contradictorio, y se iba agotando, tanto por sus propuestas como por sus añoranzas.

¿Podía el estado auspiciar un proyecto que desarrollara comunidades democráticas? ¿Cómo puede llevarse a cabo una política cultural que promueva la inclusividad y la autonomía? A pesar de las contradicciones del proyecto, el hecho de que los intelectuales fueran empleados asalariados del gobierno, y que de alguna manera el material didáctico tuviera que responder a sus receptores, marca una pedagogía más inclusiva. Desde sus oficinas en la ciudad de San Juan, y en constante viaje a la ruralía, los intelectuales trataron de crear un arte para el pueblo. En los inicios, Irene Delano había fomentado el taller abierto que logró —según Tufiño— que hoy día la serigrafía puertorriqueña haya alcanzado gran logro. En cambio, la sección de cine y la editorial fueron más cerradas; faltó que se hicieran más orgánicas, que se convirtieran en verdaderos talleres. La División, entonces, no llegó a ser de la comunidad. Faltó que más allá del organizador comunitario —empleado del estado, ausente en la producción cultural— y las lecciones preparadas desde la ciudad, los vecinos empezaran a construir su propia pedagogía.

La DivEdCo ilumina la contradicción del Estado Libre Asociado, así como sus posibilidades. Marca el sueño transformador y reformador —mas

<sup>45</sup> René Marqués, “Memorándum a Fred Wale”, División de Educación de la Comunidad, Memorándum no publicado, Archivo René Marqués, 30 julio 1964.

<sup>46</sup> René Marqués, “Memorándum a Fred Wale. Your concerns about factual informatin in Dr. Pedro Albizu Campos biographical notes for the second issue of *Nosotros*”, División de Educación de la Comunidad, Memorándum no publicado, Archivo René Marqués, 24 de agosto de 1965.

no transgresor— de la política cultural muñocista, y obliga a fijarse en los proyectos culturales bajo el gobierno neomuñocista de Sila María Calderón, a la luz de la reconstrucción. La División de Educación de la Comunidad queda como el intento del estado de cruzar el arte con la educación y fomentar una pedagogía comunitaria propia, en toda su contradicción. Y en la memoria de ese intento queda René Marqués, el intelectual guardián de “las cosas del espíritu”, en el cerco de la literatura, apostado en defensa de la casa de la cultura que el populismo le legaba, con la esperanza de las palabras.

*Catherine Marsh Kennerley*  
*Universidad de Puerto Rico*  
*Recinto de Río Piedras*